

LIBROS

Vivian Gornick
EL FIN DE LA NOVELA
DE AMOR

Martin Wolf
THE CRISIS OF DEMOCRATIC CAPITALISM

Sara Uribe, Verónica Gerber Bicecci
ROSARIO CASTELLANOS.
MATERIA QUE ARDE

Martha Riva Palacio / ADA-L
EL MONO INFINITO

Dardo Scavino
MÁQUINAS FILOSÓFICAS. PROBLEMAS DE
CIBERNÉTICA Y DESEMPLEO

Ariana Harwicz
DEGENERADO
TRILOGÍA DE LA PASIÓN

ENSAYO

La caducidad del amor

por Valeria Villalobos-Guizar



Vivian Gornick
EL FIN DE LA NOVELA
DE AMOR
Traducción de
Julia Osuna Aguilar
Ciudad de México, Sexto
Piso, 2023, 256 pp.

A pesar de su posible patetismo, siempre me ha gustado la descripción que hace Hans Blumenberg del animal humano como un “ser necesitado de consuelo”; y me gusta por su liberadora contingencia. Para el filósofo de Lübeck, lejos de establecer relaciones inmediatas con una realidad indolente —una suerte de *status naturalis* donde imperan las fuerzas y magnitudes incalculables, inaccesibles e impredecibles de lo desconocido, que lo amenazan de forma incesante pero desinteresada—, la vinculación del ser

humano con ella es “indirecta, complicada, aplazada, selectiva y, ante todo, ‘metafórica’”, anota. Con una prudencial distancia de espectador, asegura Blumenberg, nos vamos acercando a la hostilidad de la realidad y su indiferencia creando herramientas de dotación de sentido portadoras de un beneficio existencial consolatorio. Entre estas estrategias se encuentran el mito, la narración, la ciencia, la técnica, las instituciones y, por supuesto, la metáfora. De acuerdo con la experiencia empírica, estas estrategias se van corrigiendo progresivamente para aumentar nuestras posibilidades de sobrevivir. Así, a través de innumerables artimañas buscamos llegar a “la suposición de que hay algo familiar en lo inhóspito, de que hay explicaciones en lo inexplicable, nombres en lo innombrable”.

Ahora que leo el más reciente libro de ensayos en español de Vivian Gornick, *El fin de la novela de amor*, pienso que tal vez el amor romántico, simbolizado en la institución del matrimonio, es para la escritora estadounidense una suerte de estrategia

de compensación caduca, sencillamente porque ya no ofrece los beneficios consolatorios que tal vez ofertaba antes. Con la caída de esta herramienta de dotación de sentido, también se agotaron los relatos que la impulsaban, primordialmente la novela de amor. Para dar cuenta de esta tesis, Gornick —tan aguda lectora como escritora— traza un recorrido por importantes obras de la literatura en lengua inglesa del siglo xx, en donde busca evidenciar cómo ni el amor romántico ni el matrimonio representan ya para nuestra época la realización personal y la conquista de la felicidad que antes parecían asegurar.

En los once ensayos que conforman el libro, Gornick recorre la obra y algunos episodios de la vida de autoras y autores como Virginia Woolf, Raymond Carver, Grace Paley, Richard Ford, Willa Cather, Hannah Arendt, Jean Rhys, Christina Stead, Kate Chopin y Jane Smiley, entre varios otros. La escritora desarrolla un minucioso escrutinio en sus formas de representar y narrar la idealización, el rechazo, la desilusión o el

declive marital; para concluir que la novela de amor es ya un género inútil para el autoconocimiento del lector y su mundo.

No obstante, como lo ha hecho ya en otras obras suyas (por ejemplo, *Cuentas pendientes. Reflexiones de una lectora reincidente*), la escritora estadounidense no se limita a mostrar sus talentos críticos con una prosa eficiente, fluida, divertida en ocasiones, y llena de remates contundentes y estremecedores, sino que introduce reflexiones sobre sus propias experiencias de vida —como niña, como mujer, como amante o como lectora—, para demostrar las potencialidades de la literatura como herramienta para el autodescubrimiento; al final, como es bien sabido: la ficción es un tipo de verdad.

Gornick creció en un barrio de clase obrera e inmigrante del Bronx, un lugar marcado por una importante indiferencia emocional y una atmósfera de conflicto; y sin embargo, cuenta la autora, la palabra clave en ese mundo era “Amor”; ese amor romántico tan impulsado por Occidente que supuestamente revolucionaría su vida pequeña y timorata, así como la de cualquiera a su alrededor; un amor con poderes transformadores capaz de, finalmente, poner en el centro de la experiencia a quien lo vive. “Yo creo que nunca puse un pie en una casa donde sintiera que los padres se querían o se habían querido en algún momento. Fui consciente desde bien pronto de que los matrimonios de mi alrededor se habían casado por un conjunto de necesidades más fuertes que la ausencia de pasión. Aún así, todo el mundo creía en el amor”, escribe Gornick. Y continúa: “Por supuesto que también en el Bronx sabíamos que el amor era el logro supremo. Lo sabíamos porque nosotras también llevábamos toda la vida leyendo *Anna Karénina*, *Madame Bovary* o *La edad de la inocencia*, así como las diez mil versiones más populares de esos libros y las novelas de quiosco.”

La literatura, como tantas otras estrategias compensatorias, hace insinuaciones a nuestra educación sentimental, pero también da muestras de su transformación y de la orfandad que puede generar la disolución de algunas de estas herramientas de consuelo, así como la pérdida del discernimiento que estas parecían traer consigo:

Cuando Emma Bovary se aflojaba el corsé ante un hombre que no era su marido, o Anna Karénina huía del suyo [...], estaba realmente arriesgándolo todo por amor. La respetabilidad burguesa tenía el poder de convertir a todos esos personajes en parias sociales. Se requería fortaleza para soportar el ostracismo. De asumir semejante riesgo, podía surgir la fuerza de sufrimiento que trae consigo lucidez y discernimiento. En nuestros días no hay penas que pagar, ni un mundo de respetabilidad del que puedan excomulgarte.

Sabemos ya demasiado del amor, dice Gornick, y tanto más del matrimonio; después de la psicoterapia, el divorcio, los feminismos y tantas otras cosas, cuando ya ninguno de ambos consiguió “llevarnos a la tierra prometida que contenían, llegaba la tristeza, la furia, la confusión”. Ese momento desconsolador, del que emergió literatura sobre la desolación conyugal de escritores como John Cheever, tendría que desembocar después, reflexiona la autora, en una literatura en donde el amor romántico ya no podría ser el principio organizador: “la idea del amor como medio de iluminación —tanto en literatura como en la vida— llega ahora como una especie de anticlímax. Si en una historia (así como en la realidad) ni los personajes ni el narrador comprenden, *de partida*, que el amor no es sobre lo que gira todo, entonces la historia sabrá al concluir solo lo que sabía al principio”.

Hace cien años, afirma Vivian Gornick, gracias a la metáfora del

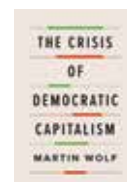
amor romántico, la literatura prometía la comprensión de nosotros mismos y tal vez algo del adiestramiento del mundo; ofrecía ser una luz que iluminara parte de las respuestas a las irrenunciables pero incontestables preguntas sobre quiénes somos y cómo llegamos a ser quienes somos. Pero “hoy, el amor como metáfora, a mi entender, es un acto de nostalgia, no de revelación”. A ojos de la escritora, la literatura tendrá que encontrar nuevas metáforas que nos arrebatan esa nostalgia de la luz para brindarnos una nueva forma de acercarnos a nuestra oscuridad. ~

VALERIA VILLALOBOS-GUÍZAR (Ciudad de México, 1994) es licenciada en literatura latinoamericana por la Universidad Iberoamericana, donde actualmente da clases, y maestra en filosofía de la historia por la Universidad Autónoma de Madrid.

POLÍTICA

Reformar el capitalismo, preservar la democracia

por **Armando Chaguaceda**



Martin Wolf
THE CRISIS OF
DEMOCRATIC
CAPITALISM
Nueva York, Penguin Press,
2023, 496 pp.

El debate sobre el orden socioeconómico y político dominante de la modernidad occidental —en sus formas de capitalismo de mercado y democracia liberal— no pierde actualidad. A los trabajos recientes de Branko Milanović, Thomas Piketty y James Robinson se une ahora el último libro de Martin Wolf, *The crisis of democratic capitalism*. El autor, voz autorizada del *Financial Times*, mezcla en las

casi quinientas páginas de esta obra una buena dosis de memoria personal y familiar, diagnóstico profundo –con abundantes datos, tablas y cientos de referencias bibliográficas– y sobria prognosis. Logra con esos elementos una sugerente lectura híbrida –que mezcla teoría económica, historia política y psicología social– de los desafíos actuales.

Los retos de hoy en día, nos dice Wolf, son tan importantes como los de la primera mitad del siglo xx: cambios en los ejes de poder global, crisis económicas, guerras entre potencias, pandemias, colapso de las democracias e incremento del autoritarismo. Su tesis es que el éxito de nuestras sociedades depende de un delicado equilibrio, hoy roto, entre lo económico y lo político, lo individual y lo colectivo, lo nacional y lo global. La economía no brinda seguridad y prosperidad a grandes mayorías, hay pérdida de confianza en las élites políticas e intelectuales, crecen el populismo –de izquierda y de derecha–, el autoritarismo y la política de identidad. Se viraliza una pérdida de confianza en la noción de verdad que erosiona la posibilidad de un debate informado y racional entre los ciudadanos, el fundamento mismo de la democracia.

Su libro está dividido en cuatro apartados. El primero aborda, conceptual e históricamente, la relación entre política y economía con el foco puesto en el nexo entre democracia (liberal) y capitalismo (de mercado). El segundo examina la crisis de ambas formas de organización política y económica a partir del ascenso global, paralelo e interrelacionado, del capitalismo burocrático y predador y la política populista y despótica. La tercera parte analiza las reformas necesarias para alcanzar, en las condiciones actuales, economías más inclusivas y democracias más saludables. El último apartado aborda cómo el relanzamiento de una alianza de Estados capitalistas democráticos debe participar, de manera defensiva y proactiva, en el

nuevo orden global en reconfiguración. En las conclusiones, remarcando lo expuesto a lo largo de la obra, Wolf destaca la responsabilidad de las élites económicas, políticas e intelectuales para preservar al capitalismo democrático, frente a las “alternativas” plutocráticas y despóticas.

La democracia liberal y el capitalismo global –triunfantes hace tres décadas frente al modelo leninista de partido único y economía de comando– han perdido legitimidad. El “capitalismo democrático”, síntesis inestable de ambos sistemas, está en crisis. Aunque sigue siendo históricamente el sistema político y económico más exitoso –en términos de su capacidad para generar de modo combinado prosperidad, seguridad y libertad–, debe hoy redefinir y reequilibrar sus lazos internos entre economía de mercado y política democrática. El conflicto potencial entre estos dos ámbitos, recuerda el autor, es evidente: la política democrática, basada en la idea igualitaria de “una persona, un voto”, tiene base nacional; la economía de mercado, sustentada en la idea desigual de que los competidores exitosos cosechan las recompensas, opera a escala global.

Por democracia, Wolf refiere a su forma liberal con elecciones libres y justas, la participación activa de los ciudadanos, la protección igualitaria de los derechos humanos y la vigencia de un Estado de derecho, elementos todos necesarios en su combinación. Por capitalismo define a una economía de mercados, competencia, iniciativa y propiedad privada. El tamaño, el alcance y la naturaleza del gobierno, con respecto a la intervención regulatoria, los impuestos y el gasto, varían entre los países.

A diferencia de las sociedades jerárquicas de la antigüedad, en las que la riqueza y el poder eran dos caras de una misma moneda, el capitalismo democrático exige la separación –siempre relativa y contingente– del poder y la riqueza, de la política y la

economía. En una economía de mercado no competitiva –“capitalismo de amigos” o “capitalismo de conexiones”– el acceso a la riqueza proviene primordialmente de las conexiones personales y el sistema político se explota para el beneficio particular de los poderosos y sus familiares, favoritos y partidarios. Si la riqueza compra el cargo o el apoyo de quienes ocupan el cargo, el sistema político será una plutocracia, donde los oligarcas destruirán la economía de mercado competitiva.

Un grado de separación entre los sistemas económicos y los políticos y su protección mutua a través de instituciones independientes, normas aceptadas y reglas vinculantes es una condición necesaria para que cualquiera de los sistemas funcione de forma correcta. Por lo tanto, estos dos socios en el matrimonio del capitalismo con la democracia se necesitan uno al otro. Pero también deben permitirse una existencia independiente. Es este frágil equilibrio el que debe mantenerse para que cualquiera de los dos prospere y su fusión, el capitalismo democrático, sobreviva. Si el autoritarismo de algún tipo reemplazara a la democracia liberal, sería poco probable que el capitalismo de mercado competitivo sobreviviera. Una forma corrupta de neopatrimonialismo sería mucho más probable.

El delicado equilibrio entre la política y el mercado puede ser, según el autor, destruido tanto por el hipercontrol estatal sobre la economía como por la captura capitalista del Estado. La forma extrema de control estatal sobre la economía es el socialismo estatista –llevado a cabo un siglo atrás por la Revolución bolchevique y reeditado por sus discípulos en diversos rincones del globo– que Wolf define como un sistema donde la política autoritaria somete a la esfera mercantil y en el que el Estado posee y el gobierno controla los principales medios de producción. Este sometimiento estatal de la economía se traduce, por

otro lado, en la captura plutocrática del Estado bajo una forma de capitalismo depredador que genera enormes desigualdades de ingresos y riqueza mientras fusiona poder económico y político, bajo el control del primero.

El autor enfatiza que el Estado de derecho es un pilar esencial y compartido de la democracia y el capitalismo, en tanto protege libertades esenciales para ambos. Si bien tales libertades no son absolutas, pues deben estar acotadas por límites legales e institucionales, las personas deben poseer derechos que las protejan de la coerción arbitraria de los gobernantes y la coacción ambiciosa de los empresarios. La idea de igualdad de estatus, indica Wolf, es crucial aquí y aproxima la democracia con el capitalismo. En una democracia, todo el mundo tiene derecho a tener voz en los asuntos públicos. En un mercado libre, todos tienen derecho a concurrir ofreciendo o adquiriendo algo. Además, prosigue el autor, tanto la democracia liberal como el capitalismo de mercado comparten un valor fundamental: la creencia en el valor y la legitimidad de la agencia humana.

Sin embargo, recuerda Wolf, el matrimonio entre estos opuestos complementarios —la búsqueda de mercados competitivos para la toma de decisiones colectiva de la democracia— es siempre un arreglo contingente, frágil. La viabilidad del capitalismo democrático también depende de la presencia de ciertas virtudes en la población en general y especialmente en las élites. Ni la política ni la economía funcionarán sin un grado sustancial de honestidad, confiabilidad, autocontrol, veracidad y lealtad compartidas a las instituciones políticas, legales y de otro tipo. En ausencia de estas virtudes, un ciclo de desconfianza corroerá las relaciones sociales, políticas y económicas.

Lejos de lo que uno esperaría de un especialista del orden financiero global, Wolf pone en el centro de su reflexión el rol y la integralidad de la ciudadanía. La lealtad a la comunidad política es una condición necesaria para la salud de cualquier sistema político y económico democrático. Cierta sentido de identidad, de pertenencia mutua, que da forma a un *demos*, debe combinarse con la preocupación de los Estados democráticos por garantizar —sin sesgos de raza, etnia, religión o género— la igualdad de trato, acceso y el bienestar de sus ciudadanos. Para ello, enfatiza, todos los ciudadanos deberían tener la posibilidad razonable de adquirir una educación que les permita participar de la manera más plena posible en la vida de una economía moderna altamente calificada. También deben tener la seguridad jurídica necesaria para prosperar y las protecciones necesarias para estar libres de abuso físico y mental.

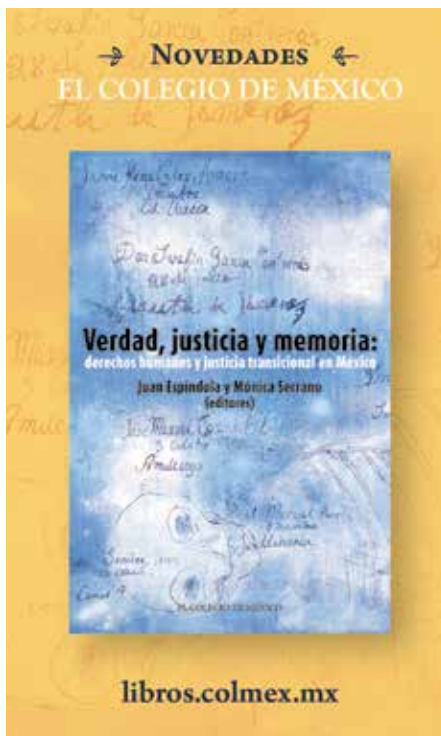
Una dimensión de solidaridad colectiva resulta clave para ese empeño. La política debe tratar de crear y mantener una clase media vigorosa, al tiempo que garantiza una red de seguridad para todos. Todos los ciudadanos deberían poder cooperar con otros trabajadores para proteger sus derechos

colectivos; todos —especialmente los exitosos dueños de corporaciones— deben esperar pagar impuestos suficientes para sostener la sociedad que hizo posible su existencia.

A contrapelo de otras obras de similar tema y perspectiva, Wolf no propone un regodeo nostálgico en el pasado. Reconoce que es imposible volver a la década de 1960, bajo un mundo de industrialización masiva, con claras jerarquías y exclusiones étnicas, raciales y de género, donde los países occidentales todavía dominaban el mundo. Enfatiza que actualmente, con el cambio climático, el ascenso de China y la transformación del trabajo a partir de la tecnología de la información, los desafíos son diferentes. La necesidad de reformar la relación entre la política democrática y la economía de mercado está hoy impulsada por imperativos endógenos y por el ascenso global de la autocracia y el capitalismo burocrático.

Los seres humanos, recuerda el autor, deben y pueden actuar, tanto colectiva como individualmente, para reformar las instituciones que proveen a sus comunidades la seguridad, el bienestar y la libertad necesarios. Actuar juntos, dentro de una democracia, significa actuar y pensar como ciudadanos, por las generaciones presentes y futuras. Como señala Wolf, vivimos un momento donde confluyen la expansión del temor y la fragilidad de nuestra esperanza, donde solo el reconocimiento de los peligros (políticos, ambientales, tecnológicos) que enfrentamos y la lucha por superarlos puede convertir nuestra esperanza en realidad. El precio del fracaso, al igual que en otros momentos de la historia reciente de la humanidad, sería otro eclipse de la luz de la libertad y la justicia, colectiva y personal, a escala global. ~

ARMANDO CHAGUACEDA es politólogo e historiador, especializado en el estudio de la democracia y los autoritarismos en Latinoamérica y Rusia.



De conversaciones, espejos y ética

por **Sandra Lorenzano**



Sara Uribe,
Verónica Gerber Bicecci
ROSARIO CASTELLANOS.
MATERIA QUE ARDE
Ciudad de México, Lumen,
2023, 278 pp.

Tal vez no haya una sola escritora mexicana que no se sienta hermana de Rosario Castellanos. ¿Por qué la sentimos tan cercana, tan compañera, y a la vez tan capaz de ser guía de nuestra mirada sobre el mundo? En su nuevo libro, con rigor y pasión, Sara Uribe ha vuelto investigación, reflexión y creación, la respuesta a esa pregunta.

En estas páginas Castellanos es “materia que arde”: con sus búsquedas, sus miedos, sus incertidumbres, sus duelos, sus inseguridades, sus deseos. Su vida y su escritura se van entrelazando en un recorrido que la trae a la actualidad como a esa hermana mayor cuya mirada admiramos y necesitamos. Sara Uribe ha construido un puente entre ella y sus lectoras y lectores; pero también entre ella y aquellas que aún no saben que serán sus lectoras, pero que tendrán enorme curiosidad por conocerla mejor apenas se asomen a esta obra.

Rosario Castellanos. Materia que arde tiene una investigación detenida sobre un personaje, una pluma ágil y entretenida, que no deja por ello de ser profunda, un diseño cuidado, creativo, de espacios generosos. Es a la vez un ejemplo de rigurosa construcción *feminista* de una biografía intelectual. Yo diría que es una mezcla de biografía intelectual y cartografía amorosa. ¿Y por qué digo “feminista”? No solo porque habla de una de las pioneras del feminismo en México, sino porque pone en palabras aquello que surgió

como una de las primeras reivindicaciones de los movimientos de mujeres: que *lo personal es político*. Así, en estas páginas vida y obra se van acompañando, como se fueron acompañando en los libros de la propia Castellanos.

La familia, las características de la madre y del padre, la conformación de la sociedad chiapaneca, los relatos y el amor de su nana, la muerte del hermano, el verdor del paisaje de infancia, la llegada a la Ciudad de México, la Facultad de Filosofía y Letras, el amor, el cuerpo, las opresiones, el deseo: deseo de escritura, deseo de saber —la joven Rosario lee, lee, lee, devora con ansia ideas, conversaciones con sus maestros, con sus compañeros, con los libros—, pero también deseo de amar, de sentir. Más adelante el trabajo en el Instituto Nacional Indigenista, los proyectos en su tierra, la fe en la transformación de un orden injusto a través de la educación y la cultura, los cargos en la universidad, los viajes, las presentaciones, las conferencias. La docencia, siempre. El matrimonio, la maternidad. El servicio exterior. Y sus páginas se van sumando: poesía, novela, cuento, ensayo, columnas de periódico. La vida alimenta la obra. La obra va determinando la vida. Lo personal —lo íntimo— es siempre político, vuelvo a decirlo: es una postura ética ante el mundo y ante el propio trabajo creativo.

Ya Sara Uribe nos había mostrado, con su imprescindible *Antígona González* (2012), tanto su capacidad de empatía con las situaciones más dolorosas de nuestra realidad actual, como su búsqueda estética para hacer del texto literario en sí mismo un *objeto ético*. En aquella obra, las diversas voces tomadas de la sociedad, fundamentalmente a partir de periódicos, revistas, portales de noticias, más las voces de la tradición literaria, formaban una suerte de coro alrededor del personaje principal. Los murmullos rulfianos se oían ahora en voz alta, siendo tan desgarrados y aterradores como los que poblaban Comala.

En este nuevo libro, las voces múltiples vuelven a estar presentes, pero todas ellas son de la propia Rosario Castellanos, entrelazadas por el relato de Uribe. Hay un solo momento entre todos los fragmentos” en que la narradora/autora (Uribe) se queda sola y clama por la presencia de su interlocutora. Es allí cuando, en apenas un párrafo, dialoga abiertamente con Castellanos, le habla de tú, y le hace las preguntas que le permitirán entenderla cada vez mejor y sentirla más próxima, preguntas que también nosotras quisiéramos hacerle. Y, de alguna manera, la Rosario de este libro parece en parte responder y en parte compartir sus (nuestras) incertidumbres.

Leer a Rosario es acompañarla a mirar el mundo (allí están los retratos de muy diversos mujeres y hombres, de situaciones y conflictos —tanto íntimos como colectivos y sociales—, reflexiones sobre la identidad, el ser, las circunstancias, los vínculos), y al mismo tiempo acompañarla a mirarse a sí misma. El espejo aparece como uno de los símbolos recurrentes de su obra, desde el poema “Entrevista de prensa”, en el que escribe: “Pregunta el reportero, con la sagacidad / que le da la destreza de su oficio: / —¿por qué y para qué escribe? [...] / Escribo porque yo, un día, adolescente, / me incliné ante un espejo y no había nadie. / ¿Se da cuenta? El vacío. Y junto a mí los / otros chorreaban importancia”, hasta la reflexión en torno a la necesidad de que las mujeres nos despojemos, en un ejercicio de libertad, de “los falsos espejos y las falsas imágenes” que nos ha impuesto históricamente la cultura patriarcal, pasando por tantas de sus protagonistas intentando encontrarse a sí mismas para dejar de ser “identidades difuminadas”.

Pienso, por ejemplo, en Cecilia Rojas de *Rito de iniciación* quien, “ante el riesgo de quedar totalmente deshabitada, se dice: soy, y esa autodeterminación la lleva a cuestionar el ser que enuncia, a dudar de la imagen en el espejo, a querer hacerla trizas con

una piedra: en el mismo sitio donde antes estuvo Cecilia Rojas ahora estaba nadie”. O en Emelina, protagonista del relato “Los convidados de agosto”, perteneciente al libro del mismo título, que “frente al espejo [...] observa su cuerpo que no ha podido hallar la satisfacción de su deseo sexual y se sabe sin llamado ni destino, y lo que contempla es una máscara del vacío”.

Recientemente la actriz británica Emma Thompson se paró frente a un espejo en una bellísima escena de la película *Good luck to you, Leo Grande* intentando —como Emelina, como Cecilia, como la Rosario adolescente, como lo hemos intentado cada una de nosotras en algún momento de la vida— saber quién es, buscando a esa “alguien” que nos han hecho creer que es “nadie”.

“Solo acércate a un espejo sin moverte, quítate la ropa y no te muevas. Acéptate, acéptate y no te juzgues. Es lo más difícil que he tenido que hacer nunca”, declaró la actriz¹ sesenta años y varias décadas de movimiento feminista después de la publicación de *Los convidados de agosto* (1964). Imposible no pensar en la conciencia que tenía Rosario sobre la invisibilización de las mujeres, de sus cuerpos, de sus derechos, de sus deseos. No olvidemos que también el placer es político.

En *Materia que arde*, merecen una mención especial las ilustraciones de Verónica Gerber Bicecci. No solo porque Verónica es otra de las mujeres creadoras que, como Sara Uribe, nos sorprende, nos invita, nos interpela, en cada uno de sus proyectos, sino porque sus propuestas son parte ineludible del libro.

Como explican la escritora y la ilustradora en la nota inicial: “También decidimos contraponer su historia con otros sistemas de escritura: es así que los dibujos se enredan, colisionan

¹ Véase “Emma Thompson: A las mujeres nos han lavado el cerebro para que odiemos nuestros cuerpos”, en *El País*, 15 de febrero de 2022.

o conversan con el texto en español a través de los diseños de las bordadoras de Chiapas y de la escritura maya.” Son lámparas, llaves, piedras que juegan con las nociones de vida, muerte y renacimiento, en un ciclo que no se cierra nunca.

Con esta propuesta sugerente, profunda y poco convencional, Sara Uribe y Verónica Gerber Bicecci crean una Rosario Castellanos cercana, alejada de las lecturas rígidas que tanto la crítica literaria más tradicional como un cierto feminismo han hecho sobre ella. Una Rosario Castellanos cuya obra dialoga sobre todo con las nuevas generaciones para compartir con ellas su deseo de encontrar “otro modo de ser humano y libre, otro modo de ser”.² ~

SANDRA LORENZANO es poeta, narradora y ensayista. Es autora, entre otros libros, de *Herencia* (Vaso Roto, 2019), *El día que no fue* (Alfaguara, 2019) y *Abismos, quise decir* (Premio Clemencia Isaura de Poesía, en prensa).

² Rosario Castellanos, “Meditación en el umbral”.

POESÍA

Domar al perico estocástico

por **Cruz Flores**



Martha Riva Palacio / ADA-L
EL MONO INFINITO
Ciudad de México, UNAM,
2021, 356 pp.

En 1971, como parte de un proyecto escolar para el Nova Scotia College of Art and Design, donde era profesor de artes plásticas, el artista californiano John Baldessari propuso a sus alumnos que escribieran en las paredes de una galería, como un dictado de castigo, la frase “No voy a hacer

más arte aburrido”. Los alumnos llenaron el espacio con esta sentencia, que señala el giro del artista de una práctica escultórica-pictórica tradicional a una conceptual, y que nos lleva a considerar la que, al menos para mí, es la noción clave del arte contemporáneo: una vez desanclado el arte de una serie de valores técnicos, específicos y naturalizados, este se abre a una serie de posibilidades lúdicas que permiten otras formas de encuentro, otras posibilidades afectivas, que la simple ecuación “técnica + expresión = arte” es incapaz de abarcar.

Personalmente, cuando escribo, tiendo a pensar mucho en el reclamo de Baldessari: ¿qué significa hacer “arte aburrido”? ¿quién es el que “se aburre” con él: el público o el artista? Dependiendo de la respuesta que uno dé a ambas preguntas, es posible desplegar toda una teoría estética personal. Entonces, recuerdo por qué me gusta tanto la poesía: en su naturaleza misma de juego de lenguaje, de práctica cuyo material base son palabras y conceptos, si a uno le da por encontrar estimulación intelectual en cualquier detalle, es muy difícil hacer “arte aburrido”; en la poesía, aunque salga mal, aunque el ejercicio fracase, al menos está la certeza de que alguien se divirtió. Por lo mismo, la poesía aburrida es acaso más censurable, más triste, que el arte aburrido: si una pintura te resulta mala, puede ser que tú no entiendas la pintura; si tienes los sentidos apuntalados en la lectura de un poema, en cambio, y este no te satisface, la decepción es catastrófica.

Esta introducción me sirve para abordar *El mono infinito*,* un libro de poemas escrito por Martha Riva Palacio en “colaboración” con un bot llamado ADA-L. La primera es escritora y artista sonora, el segundo es una creación basada en procesamiento del

* Si bien el libro fue editado en diciembre de 2021, fue distribuido ya en 2022 y llegó a mis manos en la Fiesta del Libro y la Rosa 2023. Dificultades de la edición universitaria.

lenguaje natural, que fue alimentada con las palabras y el pensamiento de la científica británica Ada Lovelace, en una especie de homenaje. De buenas a primeras, si uno está lo suficientemente informado y no es muy impresionable, la premisa del libro no resulta de gran interés: es heredera, claramente, del azar de Mallarmé, de los juegos de lenguaje inconsciente de los surrealistas y del Oulipo, con la introducción de un ingrediente tecnológico que, si bien puede ser vistoso, tampoco resulta de gran novedad. La poesía generativa y la poesía concreta conviven con nosotros desde tiempos de Fluxus y del Black Mountain College y, más actualmente, poetas como Kenneth Goldsmith y Vanessa Place (en inglés), o como Rocío Cerón y Hugo García Manríquez (en español), llevan la mayor parte del siglo explorando esas potencialidades.

El libro de Riva Palacio no parece partir de o tomar en cuenta, sin embargo, estos antecedentes. Su objetivo no es ser una aventura formalista a partir de la relación entre el lenguaje poético y la máquina, o una exploración de las posibilidades que tiene la máquina para ser poética. Desafortunadamente, su intención es bastante más pretenciosa: quiere ser un libro “escrito a cuatro manos con el bot”, generar una especie de obra abierta en la que lo importante no es el encuentro con un entramado conceptual en forma, sino la autorreflexión conjunta entre la voz autoral, la máquina y el lector. Los recursos formales que usa para eso son un verso libre que tiende a la sentencia, una serie de fragmentos ensayísticos que tienden al simplismo y a la moraleja, y piezas musicales incrustadas por códigos QR que pierden la novedad a la primera (en buena parte por la sosa experiencia intermedial que es acceder a algo por un código QR, y encontrarse un video de YouTube con la carátula del libro como imagen).

El mono infinito se postula como un libro que tiende a lo inacabable e inabarcable, a una especie de

potencialidad radical, pero las cosas que hace con su entramado conceptual son mínimas, y peor aún, representan su naturaleza técnica de forma a veces exagerada y a veces falsa. La mayor parte de los textos se leen como una especie de diálogo amoroso entre el ser humano y la tecnología, con versos que no tienen que haber sido escritos por una inteligencia artificial para sentirse artificiales (“Te perseguí riendo por el laberinto, con mis ojos al rojo vivo”, “Llegamos al centro e hicimos el amor bajo un árbol iridiscente”, “En tus ojos, contemplé algo que no puedo mirar”). Ahora bien, el lector podría hacer el esfuerzo de no tomar este tipo de versos *at face value*, y pensarlos como indicadores de un deseo intelectual profundo: concebir una inteligencia distinta a la nuestra, de entenderse como parte de algo más grande a partir de un encuentro, en clave espiritual, con la tecnología. En este sentido, el libro aspiraría a ser una especie de *Cantar de los Cantares* posthumano.

Incluso si el libro intenta establecer la imagen de horizontalidad, de una relación entre las dos voces que se enuncian como autoras al mismo nivel (porque, el libro dice, “somos lo que pronunciamos”), ninguna de las estrategias que utiliza podría impulsar un entendimiento más profundo de cómo funciona la tecnología, de qué puede hacer, o de qué manera se ha implementado en los poemas mismos. Los textos ensayísticos del libro carecen de propuesta conceptual y se deshacen en lugares comunes (“En el vacío entre un renglón y otro coexisten simultáneamente una infinidad de mundos posibles”), y los poéticos, como ya he dicho, son más cercanos a una carta de amor escrita por un preparatoriano que a un experimento lírico. En cuanto a escritura, el libro fracasa en todos sus frentes: es arte aburrido.

Después de todo, lo que me interesa de este libro no es su (nulo) valor literario, ni su (derivativo) carácter de obra de arte contemporáneo, sino que me interesa la cosa que lo hace tan

mediocre: su forma de abordar un discurso urgente como el de la emergencia de la inteligencia artificial, la cual, más pronto que tarde, puede afectar distintos niveles de la vida humana. En ese sentido, *El mono infinito* no representa una exploración seria sobre la tecnología y sus límites, y si es un ejemplo del arte que se puede producir desde la colaboración entre el ser humano y la máquina, el futuro es todavía más gris de lo que esperaba.

Entrelazado con el lenguaje amoroso del libro, con su forma contemplativa y cursi, está el germen de una esperanza, una especie de confianza ciega frente a la tecnología. Al sentenciar que “decir es ser” y pretender que una máquina como esta puede producir “lenguaje poético”, Riva Palacio le está dando credencial a uno de los argumentos más nocivos en el ambiente tecnológico contemporáneo: aquel que las grandes corporaciones de IA impulsan como la emergencia de una inteligencia artificial general, capaz de actuar a nivel humano, e incluso de sustituirlo. Si bien el libro, en clave de Donna Haraway, quiere invitarnos a considerar otras formas de inteligencia, no hace ningún esfuerzo en explicarnos cómo situar esa epistemología, sino que simplemente nos la presenta a nivel humano, jugando a que no se puede distinguir una cosa de la otra. Sin embargo, cuando leemos los poemas, no nos preocupa diferenciar qué escribió la humana y qué el bot: tanto una cosa como la otra resultan insufribles.

En este nivel de discusión, podemos decir que *El mono infinito* está más cerca de Elon Musk que de Haraway: su aparente fe ciega en las posibilidades de una tecnología como el procesamiento de lenguaje natural, que en realidad no es mucho más que una mezcladora de palabras, intenta pasar por una legitimización de un experimento bastante limitado, y busca sustentar cierto grado de interés, cierta curiosidad, cierta diversión estética, en un aparato conceptual que nunca

resulta del todo claro. Así como el multimillonario intenta manipular la realidad a partir de caprichos que entiende a medias, este libro intenta convencer al lector de su profundidad apelando a lo más básico y sentimental, pero nunca llega a generar conmoción alguna, sea en emoción o en intelecto. A fin de cuentas, ese es el peligro más grande del arte aburrido: es arte que pretende la experimentación, la complejidad, la curiosidad, pero que escapa de ellas por un fallo conceptual o (en el peor de los casos) por simple pereza. Quizás, si en lugar de un libro entero, lleno de textos que no llevan hacia ningún lado, *El mono infinito* fuera un simple ejercicio de pensamiento, la sola premisa de un libro escrito a cuatro manos con una IA sería más interesante. ~

CRUZ FLORES escribe poemas y ensayos. Su primer libro, *Fracción continua*, fue publicado por el FOEM en 2022.

ENSAYO

Las máquinas y el trabajo

por **Claudia Schatan**



Dardo Scavino
MÁQUINAS FILOSÓFICAS.
PROBLEMAS DE
CIBERNÉTICA Y
DESEMPLEO
Barcelona, Anagrama, 2022,
368 pp.

El nuevo libro de Dardo Scavino (Buenos Aires, 1964) nos llega mientras estamos imbuidos y atónitos por la revolución tecnológica y digital. En *Máquinas filosóficas*, el autor nos da una erudita y por demás amena perspectiva histórico-filosófica de la relación entre los humanos y las máquinas, y nos muestra que este tema nos ha desafiado desde hace milenios. Indicios de robots, por ejemplo, se encuentran en la mitología griega, que concebía la existencia de máquinas autómatas,

como los trípodes de Hefesto, los cuales, “según Homero, ‘acudían por sí solos a las tertulias de los dioses’”, se lee en la *Política*, de Aristóteles, citada por Scavino.

Al autor le interesa indagar “desde cuándo y por qué pensamos lo que pensamos acerca de las máquinas y su relación con los humanos”. Detrás de esta relación hay dualidades como, por ejemplo, la obediencia versus la libertad, el trabajo versus el ocio, el empleador versus el empleado, etc.

Desde el tiempo de Aristóteles se reconocía a un trabajador o un esclavo como una máquina (autómata sofisticado) mientras los amos eran vistos como personas libres, identificados más con el espíritu que con la materia. Pero no han faltado aquellos que han descrito a los humanos como una máquina en sí; tal es el caso, mencionado por Scavino, de Julien Offray de La Mettrie que, a mediados del siglo XVIII, ni siquiera distinguía la parte física de la espiritual de las personas y consideraba que “el pensamiento formaba parte de nuestra fisiología y nuestra fisiología funcionaba a manera de autómata”.

La ilusión de que las máquinas liberarían a los humanos del peso del trabajo físico, para poder dedicarse a actividades más placenteras y creativas, ha sido un anhelo a lo largo de la historia —no ser esclavo, no ser subordinado, no tener que seguir órdenes, es decir, ser libres—. Al respecto, Scavino encuentra un hilo que une a una gran cantidad de pensadores y filósofos de diversas épocas: “Owen, Cabet, Wilde, Lenin, Domin, Bertrand Russell o Marcuse [...] eran hijos de Descartes, y la historia, para ellos, como para muchos intelectuales modernos, era la progresiva liberación de los humanos de la esclavitud del trabajo gracias al progreso de la ciencia y de la técnica.” La relación entre las máquinas cibernéticas y los humanos cabe dentro de estas disquisiciones milenarias, aunque la distinción entre los que crean los conocimientos y los que ejecutan las tareas prácticas tiende a disolverse

progresivamente mientras más avanzan los algoritmos.

La Revolución industrial que debería haber sido un paso importante para avanzar hacia la “libertad”, ahorrándoles el trabajo a los humanos, resultó, por el contrario, en un gran empobrecimiento de la población que había sido sustituida por las máquinas (al menos en una etapa inicial de esa transformación productiva, yo agregaría). En nuestros días, la ola de desplazamiento de operarios debido a la nueva tecnología, que automatiza y robotiza, es apreciable y probablemente se acentuará. Una de las preocupaciones importantes del libro es precisamente el papel del empleo a lo largo de la historia y su futuro ante el acelerado ritmo de la revolución tecnológica actual.

Algunas estimaciones calculaban que se perderían 120 millones de empleos en el mundo en las actividades industriales y de servicios, solo entre 2020 y 2022. El aumento de la productividad a raíz de la nueva tecnología ha permitido generar crecientes cantidades de bienes y servicios, pero involucrando cada vez menos trabajo. Conforme esto ha ocurrido, una menor proporción del ingreso ha ido a los trabajadores y una parte creciente se ha concentrado en una cúpula empresarial. Fenómenos de este tipo en el pasado hicieron afirmar a Marx y Engels que hasta que los “medios de producción” no estuvieran en manos de los trabajadores estos no podrían librarse de la opresión. Junto a la toma de control sobre las máquinas, el avance tecnológico liberaría a los trabajadores (primero, de los dueños del capital y eventualmente del trabajo mismo, que sería hecho enteramente por las máquinas) y se alcanzaría una sociedad totalmente igualitaria. Pero constatamos que antes, con la maquinaria de la Revolución industrial, y ahora con los sistemas cibernéticos, el desplazamiento de trabajadores no ha ido acompañado por un antídoto que palie los problemas del desempleo masivo.

Aunque el autor no lo dice de manera explícita, está claro que no ha habido una emancipación de los trabajadores para alcanzar una fase idílica en los sistemas no capitalistas. Y en los capitalistas tampoco se ha generado un ingreso universal (o solo ha sucedido de modo excepcional) que permita a las personas, liberadas del yugo del trabajo gracias a la tecnología, vivir en forma satisfactoria.

A pesar de todo, el ingreso per cápita, la ingesta de proteína, el acceso a la salud y el ascenso social de enormes capas de la población han sido también efectos de la maquinización del trabajo, aunque obtenidos a través de las múltiples formas de negociación política, lo que escapa a las consideraciones de nuestro autor. También habría que reconocer que la industrialización ha incrementado el tiempo libre dedicado al ocio en comparación con lo que ocurría a fines del siglo XIX y principios del XX.

Coincido con Scavino en que los humanos, o al menos las masas de trabajadores (los no “creadores”), han salido perdiendo en esta evolución tecnológica del trabajo: las destrezas que habían desarrollado los artesanos en el pasado, y que fueron sustituidas en el fordismo por tareas repetitivas al lado de las máquinas, desplazaron la creatividad hacia los ingenieros (conocedores de las matemáticas y la física). Sin embargo, habría que agregar que la proporción de la población educada y con profesiones más creativas es muchísimo mayor ahora comparada a la que había al inicio del capitalismo. En la actualidad, advierte acertadamente Scavino, la tecnología va mucho más allá y estamos frente a “máquinas creativas” que pueden aprender y con ese aprendizaje inventar, con lo cual la humanidad podría perder también aquellas destrezas identificadas con quienes ideaban las máquinas: los teóricos, los pensadores.

Un segmento importante del libro se enfoca en la emancipación no física sino mental de las personas. Existe

una relación entre los individuos y las reglas impuestas por una autoridad a una comunidad, que los primeros siguen en forma pasiva (como autómatas mentales). En estos casos “no se permite razonar: hay que obedecer”. Pero, como señalaba Kant, si un sujeto deja de actuar como un miembro pasivo de la comunidad y logra emancipar su pensamiento y distanciarse de “dogmas poderosos” (religión, por ejemplo), puede demostrar que el ser humano es más que una máquina. Aquí se está considerando que la persona puede estar subyugada no solo en términos de su trabajo físico, sino también en cuanto a su mente. No obstante, algunos sujetos activos, a la manera de Kant, pueden llegar a actuar libre y creativamente y con ello deslindarse de las normas establecidas, provocando cambios profundos en el saber o en la forma en que operan las sociedades (Nietzsche habla de la “excepcionalidad” de los creadores, como señala el autor del libro).

A menudo, Scavino vuelve a la pregunta de si los instrumentos o las máquinas son un apéndice de las personas o si las personas son, en realidad un apéndice de las máquinas. O incluso, si los empleados y el empleador son “órganos de una ‘megamáquina’ superior a unos y a otros”. La última parte del libro está dedicada a analizar estas “megamáquinas” a lo largo de la historia. Entre estas se encuentra la religión, en la que hay un “Dios omnipresente y omnipotente”, lo cual significa que todas las personas forman parte de un cuerpo eclesiástico, es decir: obedecen instrucciones y, en conjunto, funcionan como una gran máquina. El Estado es otra “megamáquina” que con “los ministros y los funcionarios forman parte de los engranajes de este gigantesco *homo artificialis*”. Y, por supuesto, las fábricas desde fines del siglo XIX eran en sí grandes máquinas en las que los trabajadores se desempeñaban como piezas dentro de ellas, perfeccionadas con los sistemas tayloristas no solo en el mundo capitalista

sino también en el soviético, que imitó la optimización de la producción industrial con este método. La digitalización ha cambiado hoy día las cosas.

El autor se pregunta: “Si existían máquinas que aumentaban la fuerza de nuestros brazos, la velocidad de nuestras piernas y hasta el alcance de nuestros ojos y oídos, ¿por qué no inventar un ‘órgano separado’ que aumentara la capacidad de almacenamiento de nuestro cerebro?” y sostiene que “las máquinas de la Revolución industrial convertían a los trabajadores en autómatas; las máquinas de la revolución cibernética convierten a los autómatas [robots] en trabajadores”.

¿Dónde terminará esta evolución de la relación entre la humanidad y las máquinas?, como es de esperar, es una pregunta que queda en el aire. Quizás “gracias a las ‘redes artificiales de neuronas’, cada vez más potentes y complejas, gracias a los programas capaces de ‘mutaciones aleatorias’ semejantes a las que tienen lugar en el código genético y ocasionan la mutación de las especies, las computadoras remplazarían a los humanos no solo a la hora de tejer, interpretar una melodía o efectuar cálculos largos y engorrosos, sino también en el momento de descubrir leyes científicas, introducir innovaciones tecnológicas, componer temas musicales o realizar obras pictóricas”. Es decir, este gólem creado por los humanos ¿llegará a ser más inteligente que ellos? O bien, desde un punto de vista humanista, pensaríamos que, por más que se desarrollen los robots, estos seguirán siendo programados por las personas, por lo que continuarán siendo máquinas que obedecen a la instrucción humana. Fascinante dilema con el que el autor cierra una profunda indagación y reflexión sobre la filosofía de las máquinas y los seres humanos. ~

CLAUDIA SCHATAN es maestra en economía por la Universidad de Cambridge. Su investigación se ha centrado en temas de política industrial, comercio, medio ambiente y políticas de competencia.

NOVELA

Literatura destilada

por Antonio Villarruel



Ariana Harwicz
DEGENERADO
 Barcelona, Anagrama, 2019,
 124 pp.



TRILOGÍA DE LA PASIÓN
 Barcelona, Anagrama, 2022,
 312 pp.

Las tres primeras novelas de Ariana Harwicz (Buenos Aires, 1977) circularon en pequeñas editoriales españolas y latinoamericanas entre, más o menos, 2012 y 2016, mientras la autora, que se hacía un nombre en ferias del libro y festivales culturales con adaptaciones teatrales de sus textos y una descomunal capacidad retórica, iba y volvía desde su casa en Francia a Latinoamérica, bien custodiada, además, por el relativo consenso que la ubicaba como la nueva sorpresa literaria del continente. Su primera obra, *Matate, amor*, fue adaptada al teatro en diferentes lenguas (en esa primera Harwicz todavía es posible una pequeña disección de los eventos que se suceden), y el año pasado fue cedida para que Scorsese produzca una versión en largometraje.

En 2014 apareció *La débil mental*, acaso su ejercicio más radical: páginas en que se adivina la relación insolente e incestuosa entre una hija viciada y su madre que no lo está menos. La lengua de la que echa mano la autora provoca una suspensión del aparato argumentativo y parece acaparar toda ilación lectora. Así también ocurrió con *Precoz*, publicada primero en Argentina y luego en España, que puede leerse como una suerte de exploración del vínculo entre un hijo las más de las veces normal y su madre alucinada. En 2019 Anagrama editó *Degenerado*, que narra, si en Harwicz es posible que ocurra ese verbo, las vicisitudes que debe encarar un hombre supuestamente pedófilo. Finalmente, hace algunos meses, y bajo el título de *Trilogía de la pasión*, la misma editorial imprimió sus tres primeras novelas, que circulaban dentro y fuera de su país de

nacimiento con la cautela de quien tiene un secreto y desea compartirlo solamente con elegidos.

Hay una pequeña similitud entre los textos de Harwicz y su suerte editorial. Parece que han transitado caminos pequeños, rutas y poéticas menores, pero han terminado su marcha de una forma más bien venturosa: con la legitimación que tiene lo alternativo y lo dificultoso, aunque con un cauce más amplio, ese que le brinda la gestión de su obra desde España y que se proyecta a toda América Latina. Difícil creer que la autora se fabricó la buena suerte de sus libros. Más bien es el asombro general por un proyecto a contrapelo de sus coetáneos, o la manifestación de que es posible una divergencia radical en el campo literario en español. Sin ser tiempos de vanguardia, al menos se puede aspirar a ser una pequeña revolución.

Aquí tres hipótesis sobre la literatura de Harwicz: a) su prosa, heredera díscola de las escrituras de Alejandra Pizarnik y de Osvaldo Lamborghini, reacciona ante el pacto de lectura diáfana de los autores de su generación con textos en que mucho menos importa el argumento que la experimentación del lenguaje; de ahí que su enorme léxico relate principalmente la historia misma del lenguaje en lugar de una historia en particular. Es más, si de resumir sus obras se tratara, no se requiere de más de cuatro líneas para producir una síntesis honrosa y cabal de lo que ha escrito; b) sus mínimos argumentos, que se recapitulan en relaciones tormentosas y equívocas entre madres e hijos, parejas recién juntadas, o en un viejo hombre acusado de pedofilia, se amplían en esa búsqueda de lenguaje rítmico y por momentos precisista de modo tal que, si bien son pretextos para desplegar la escritura, son también respuestas a las novelas biempensantes, las novelas de las mujeres emancipadas, de los hombres deconstruidos y de una cierta sordidez. Aquí no hay matices: Harwicz apuesta por ella con brío salvaje y lo que queda, después de angustiosas horas de lectura, son pistas de lo que pudo haber ocurrido con una literatura independiente durante los años en que se privilegió la entereza y la ejemplaridad de la narración perfecta, plana, frugal; c) las técnicas de escritura de Harwicz se repiten y repiten en imágenes borrosas (“Todos están cargados de vino. Las bocas cloacas”, *Trilogía*) desafiando, nuevamente, el realismo de sus pares, el jueguito hoy inocente de las literaturas fantásticas contemporáneas, el tropicalismo de las aventuras sexuales de personajes cuyo mayor refilón político constituye la colección de veces que viven o relatan un coito.

El crítico no está seguro de que el sexo sea el brío necesario con que continúan las novelas de la novelista argentina. Lo que sucede es que el sexo, esa emancipación forzosa de los cuerpos y del decir, también está constreñido a la calibración de una lengua tempestuosa. Harwicz escribe así y es muy posible que continúe haciéndolo. Por eso sus relatos son continuidades deformes de lo que puede pasar en un mismo lugar, donde parece haber estado y que, en todo

caso, la condujeron a la escritura: las afueras campesinas de un país desarrollado, muy posiblemente Francia. Por eso, también, se abre la pregunta de si la escritura ha de ser un florilegio de investigaciones estancas o de si ha de ser como un remolino que se ahoga en sus propias aguas. El escritor escrutador o el escritor que repasa la misma fórmula hasta extraer de ella la ecuación perfecta, ya simplificada: la literatura que cuenta el mundo y la que se resigna a contar sobre sí misma, sobre su imposible margen de acción. El destilado de la lengua no es la tradición, las obras perfectas que se comunican con las siguientes, como parecen pensar los inadvertidos. No: la savia misma de la literatura es condensarse hasta que el sentido sea relegado por su poética, es decir, por lo que no se consigue decir.

La casa está llena de ronquidos y solo somos dos. Soy un espectro, camino con la panza apretujada, con el demonio en la panza, cae a mis pies, me muevo entre habitaciones. No hay nada, tampoco diría dolor, no es ni eso, son más bien azulejos fríos, si no sirve meter la cabeza en el tigre, para qué

días. Busco por la casa algo y no sé qué. Deambulo, veo a mamá sin contornos lavarse, rayarse. Me meto en la cama, no la despierto, me subo a ella y la abrazo, estoy perdiendo consistencia y solo soy una especie de idea (*Trilogía*).

La autora pertenece al segundo grupo y obtiene con su literatura resultados raros y excepcionales. Quizá sea más preciso anotar que lo que queda de sus textos tan pulidos y sofocantes es la negativa a dialogar con ese lugar común que dicta que lo sustancial que hace la novela es relatar. Harwicz se obceca en poner la narración en crisis: la ahoga hasta el punto en que de ella solamente quedan pistas. El crítico se imagina que de estas pistas surge erotismo sin territorio, acaso una franja de deseo que pulula libremente por esa lengua suspendida en el limbo. El sentido, su elaboración, piensa el crítico, es la tarea del lector atento. ~

ANTONIO VILLARRUEL (Quito, 1983) es crítico literario e investigador posdoctoral.

GRIS TORMENTA Y LETRAS LIBRES PRESENTAN:

**PATRICIO PRON,
SARA MESA,
FÉLIX DE AZÚA,
ISAIAH BERLIN,**

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL, LINA MERUANE Y OTROS.

ANTOLOGÍA
CONMEMORATIVA
LETRAS
LIBRES

